

Vida de Cicerón

Ernesto Romano

“(...) aquél libro me hizo vivir largo tiempo entre los romanos.”¹
D.F.S.

El niño Sarmiento cuenta solo con su imaginación; la “loca de la casa” le da refugio y armas. Leyendas populares y lecturas de disímil valor nutren su fantástico mundo infantil. Entre los 16 y 17 años dos libros claves, la *Vida de Cicerón* de Middleton,² la *Autobiografía* de Franklin³ y el *Catecismo de Mitología*⁴ de Urcullu le permiten elaborar una curiosa mitología política. Me refiero solamente a las dos primeras; con ambas obras funda su preceptiva heroica, son sus privadas *Vidas Paralelas*. Gracias a ellos concibe el joven el futuro de su patria sobre la ejemplaridad de un romano y un yanki; decide ser Cicerón⁵ y ser Franklin como medio de llegar a ser Sarmiento. Se inventa a sí mismo en continuo cotejo con estos dos modelos, espejos enfrentados que en infinitas refracciones remiten a un imaginario origen.

Sarmiento piensa en imágenes, extrae de un magma icónico los gémenes de su teoría. Los ojos y los sueños son su órgano compresivo y las imágenes el elemento primordial.

El santoral patrocinado por doña Paula informa su imaginería; dos campeones dominicos, santo Domingo y San Vicente Ferrer, presiden la casera escenografía que seguirá enriqueciéndose con estampas marianas hasta la ancianidad.⁶ Si los santos le llegan desde el riñón materno, el padre trae consigo guerreros y héroes fundadores. La madre provee lo sacro intemporal y el padre le hace el terrible don del tiempo. En su rincón hogareño, soldados y curas son amasados en estatuillas de barro al modo de los manes romanos.

Nuestra *Vida de Cicerón* tiene su peculiaridad: el traductor. Don Joseph Nicolás de Azara, injerta en la obra original su propio y paralelo libro. Prólogo, láminas y notas sobre los símbolos representados y un continuo “yo he visto” o “yo poseo” refiriéndose a su colección particular de bustos y medallas, hacen de este polizón un coautor. La iconografía por él aportada tendrá sobre Sarmiento mayor peso aún que lo escrito por el inglés; a quien también se permite el español corregir: “Middleton describe mal este paraje, porque no le había visto. Quien escribe esto ha pescado y comido (allí) muchas veces (...)”⁷.

Las láminas que ilustran el libro omnubilan al indefenso autodidacta: “(...) no estaba en estado de juzgar y recibía las primeras impresiones como blanda cera que conserva la forma que le imprimen los objetos (...)”⁸. Comentadas por Azara en largos párrafos, estas ilustraciones no serán olvidadas por el lector que cuarenta años después, ya presidente, busca en vano volver a contemplarlas⁹.

Los personajes del sangriento drama, Bruto, César, Pompeyo, Cicerón... esculpidos en mármol, dominan la fantasía infantil¹⁰.

Middleton y su advenedizo socio, constituyen la imaginaria *polis*: fundan su Roma sanjuanina.

El libro define un arquetípico pasado; que la lectura inmediatamente posterior, *Autobiografía de Franklin*, complementa con un modélico futuro. Sarmiento se

construye a sí mismo como un “ahora” ejemplar entre un ayer romano y un no menos legendario porvenir norteamericano. Si la *Vida de Cicerón* define a Roma como “el más poderoso y libre de los pueblos antiguos”¹¹ el sanjuanino se refiere a los Estados Unidos como la nación más feliz y poderosa de la Tierra¹². Si antaño: “los dioses destinaron el pueblo romano para dar la ley al resto del mundo (...)”¹³; la providencia designa hoy a la nación del norte¹⁴. Ambos libros proclaman su finalidad pedagógica¹⁵, están hechos para inspirar nuevos cicerones y franklincitos.

Según Middleton, el rango social da derecho al retrato pictórico o marmóreo y los romanos miden la nobleza por el número de las imágenes. En los fastos fúnebres el cadáver es llevado en procesión con las efigies de sus mayores¹⁶.

La monumentofilia de Sarmiento recibe de este libro pensión completa. Todo personaje tiene aquí una estatua o va en pos de ella. El ideal romano supone una anticipada perpetuidad; la estatuaria precede la heroicidad que el hombre confirma muriendo.

Paradójicamente la iconografía funda la historia tornándola atemporal; la imagen parodia y vence al tiempo.

El adolescente sanjuanino encuentra o crea las similitudes que avalan su heroica identificación. Mr. Convers menciona los prodigios¹⁷ que acompañan el nacimiento de Tulio y el profético sueño a *su madre o nodriza*. El niño, parido en una isla, enriquece la mitología insular de Domingo; cumple también la heroica condición de la precocidad, presente en Franklin y Sarmiento. El arpinense será pese a su juventud, capaz de discutir con los doctores de la ley a semejanza del niño Dios.

El origen oscuro de los tres progenitores, *Tulio, zapatero, Josías*, fabricante de velas y José, arriero, vincula a sus hijos. El reproche de Catilina “¿quién es tu padre?” alcanza también a Sarmiento y Franklin.

El padre de Cicerón cumple, a diferencia de los de Franklin y Sarmiento, con la educación del niño, no perdona: “gastos ni cuidados para perfeccionarle con los mejores maestros”¹⁸. Entre todas las naciones del mundo se distinguían los romanos por el celo en educar a sus hijos¹⁹; Roma es también en este punto el óptimo pasado, anticipo de la educación yanqui que tendrá en Horace Mann, prefigura de don Domingo, su ideal maestro. Cicerón cumplirá también acabadamente con la educación de su hijo, tema al que Sarmiento presta siempre atención elogiando aún a sus enemigos.

El *daimón*, o genio protector, es otro de los personajes compartidos. Dion Casio, biógrafo de Cicerón, recibe de su duende o espíritu hogareño el mandato de escribir la historia romana y no da un paso sin el espectral asesor: “*por quien se gobernaba en cuanto hacía*”²⁰. Franklin, por su parte, sigue como Sócrates los consejos de su demonio²¹; Sarmiento se adjudicará este misterioso auxilio del que Robinson se ha también servido.

César tampoco carece de un “buen genio”²² que se encarga tras su muerte en despachar a sus victimarios.

Quiroga, sanguínea y onomásticamente emparentado con Sarmiento, puede ser considerado un lemur familiar.

La pedagógica junta de Cicerón y su maestro²³, el augur Mucio Scévola, tiene su equivalente en Sarmiento y su clérigo Oro, arquetipo de la pareja educacional

que es legión en la Commedia Argentina: Desiderio y Electo, Robinson y Viernes, Franklin y Keith, Emilio y su vicario, Mark y Bob y el mismísimo Domingo con su Dominguito, para mencionar algunos.

Scévola es el “varón respetable”, “director y guía” versado en los negocios de estado y del Foro que el joven romano sigue como discípulo. Su religiosa condición de augur lo acerca aún más al cura maestro de Sarmiento, “santo varón”, “tutor y guía”: “El clérigo de Oro, en sus largos coloquios, transmite, como si dejáramos el proceso con todas sus articulaciones accesorias, de las cuestiones de partido que empezaban a tomar el primer lugar; y últimamente, con el nombre de Cicerón que vacila y cambia de partido, se presentan al espíritu sin preparación, los personajes más culminantes de la historia humana (...)”²⁴.

El libro le llega a los 16 años, edad de la toga viril y marca su iniciación cívica. Tras contemplar las huestes de Quiroga, en lo que el llama su “visión del Camino de Damasco”²⁵, el hijo de federales, se vuelve unitario. Esta elección esconde una crisis espiritual, cambio de tutor y padre adoptivo. El clérigo Oro, cura gaucho, es desplazado por el orador, su nuevo “guía”; Sarmiento insistirá sobre esta connotación del nombre²⁶, equivalente a la de maestro. La etapa colonial y católica queda sumergida. Franklin y Cicerón triunfan sobre Desiderio y José de Oro que seguirán trabajando desde lo oculto.

Espíritu burlón y vanidad, cualidades negativas de Cicerón, muestran otra semejanza entre los tres héroes. La vanidad, pecado que Franklin promueve casi a la categoría de virtud, se muestra todopoderosa en el romano siempre ensalzándose a sí mismo²⁷, al igual que el sanjuanino, “sus mismos libros y todos sus escritos están llenos de elogios propios (...)”²⁸.

No menos pronunciada en Tulio es su indinación a la burla: “(...) solía pasar de raya con zumba sin atener al daño, pesadumbre ó resentimiento que causaban sus dichos”²⁹. El yanki y el argentino confiesan igual incontinencia. El pícaro comentario sobre la fealdad de las hijas de Voconio³⁰ del romano y el de Sarmiento sobre los bigotes de sus propias hermanas nacen de igual temperamento. Ambos próceres publicarán por mano de sus asistentes su anecdotario³¹.

El muy satírico y vanidoso es también postulado como santo³², candidatura que Sarmiento sostiene abiertamente para Franklin³³ y de modo velado para sí mismo.

El jurista es otro de los patrones ideales que tanto el romano como el yanki dan a la emulación del argentino: “Si hubiese entonces tenido medios, habría estudiado el derecho, para defender causas, como aquel insigne orador”³⁴. Esta imposibilidad de copiar a su modelo, será uno de sus traumas y el oculto motivo de su continuo batallar con doctores y doctorcitos. La descalificación que Alberdi hace de sus conocimientos como letrado, tratándolo de mero periodista, es sufrida como un estigma. En su defensa menciona Sarmiento al mismo Cicerón y se las ingenia para hacer de éste un publicista antiguo: “(...) El diario es para los pueblos modernos lo que el foro para los romanos. La prensa ha sustituido a la tribuna y al púlpito”³⁵. “Cicerón (...) era un insigne periodista del tiempo de los romanos”³⁶. Marco Tulio cumple así con una función especular, reflejar a Franklin, periodista y legislador de los tiempos modernos.

El provinciano origen de Cicerón es otro motivo de identificación, Sarmiento no deja de mencionar que el conjurado Catilina despreciaba al orador llamándole

“ciudadano inquilino”, y que Niebuhr lo apoda “cónsul provinciano”, lo que no le estorbó para salvar a la patria de su corrupción. También cita y hace suya otra célebre sentencia: “nosotros miramos como nuestra patria a la vez el suelo que nos ha visto nacer y el que nos ha adoptado, pero tiene derechos más poderosos a nuestra afección la que, con el nombre de república, forma la grande patria por la cual debemos morir (...)”³⁷.

Dos títulos honoríficos de Cicerón, “viajero” y “desterrado”³⁸ son también incorporados por Samiento a su vida heroica. Su lamento en el exilio de Yungay recuerda el de su ídolo: “¿cómo podía concebir la vida Cicerón, sin el Foro Romano, sin la Tribuna?”³⁹.

Lo iniciático

El motivo iniciático está presente en ambas biografías. Tanto Tulio como Benjamín tocan lo misterioso. Azara refuerza con ilustraciones y comentarios el ligero esoterismo de Cicerón. Middleton da como probable la iniciación en los ritos eleusinos durante su morada en Atenas y la experiencia como “el principio de la nueva vida”⁴⁰. Menciona también la condición de iniciado de su mejor amigo, Ático. Azara reproduce un bello gravado del ritual (*describir el gravado*) acompañado de elogios a los magnos hombres que lo practicaban.

Los Misterios son descritos como un fastuoso y ambiguo espectáculo, realizado exteriormente para forasteros e ignorantes y cara adentro para los dueños del secreto. Las representaciones de Cielo, Infierno y Elíseo, y de toda relación con el mundo de los muertos aluden el tema ya descubierto por el niño sanjuanino, en los viajes de Electo por los mundos dantescos. También se menciona la descripción del infierno del Libro IV de la *Eneida* que nuestro criollo Eneas conoce aquí. El futuro masónico de Samiento está auspiciado por estas lecturas primerizas.

El caduceo reproducido en varias ilustraciones⁴¹ y propuesto como emblema de Cicerón: “(...) expresa las riquezas y artes pacíficas promovidas por nuestro héroe”⁴², es aquí descubierto por el adolescente. Este símbolo asociado luego a Franklin⁴³ y en posteriores lecturas a Vico⁴⁴ será por él elegido para ilustrar su sepulcro⁴⁵.

La serpiente reina sobre el resto del bestiario en la iconografía del libro. Salvo una mínima águila legionaria, alguna paloma y dos caballos de viga, todo le pertenece. A página íntegra enlaza una serpiente la cabeza del niño ¿? ⁴⁶. César, Pansa, Cicerón y Marco Antonio ostentan alegóricos ofidios. Este animalillo aparece además asociado a las enigmáticas *cistéforas* o portadoras de místicas cestas de mimbre, arte y materia que Samiento ya ha incorporado a su mitología a través del *Desiderio* y *Electo*, el *Robinson Crusoe* y las locales tradiciones Huarpes⁴⁷. Sobre una de las mencionadas cestas aparece Baco travestido y acompañado por descomunales sierpes⁴⁸.

El rayo es otro de los componentes simbólicos que el sanjuanino viene atesorando en sus lecturas; la vida de Cicerón añadirá nuevos elementos a su imaginario. Un rayo cae y daña el bronce de la loba capitolina, madre de los gemelos; otro fulmina la estatua de Cicerón. Samiento vinculará este terrible elemento con el sabio norteamericano; Franklin participará al igual que Rosas,

Facundo o Moisés del elenco jupiterino de los dominadores del rayo al cual él mismo pertenece.

El espectáculo y la política

La obra de Middleton está concebida dramáticamente. La historia transcurre sobre un escenario y su héroe no es menos actor que político: "(...) es preciso atiendas al papel que haces en el teatro del mundo: (...) el universo entero tiene puestos los ojos en ti, y observa tus acciones (...)"⁴⁹

Cicerón aprende de célebres histriones, Roscio, el cómico y Esopo, el trágico⁵⁰ le sirven de guía en el Foro Boario; Samiento tendrá en Casacuberta su equivalente.

El pueblo no ama el poder que no posee, sino el *convite* del poder, del cual ficticiamente participa. Roma es su propio espectáculo y sólo existe aquello que Roma ve y aplaude. El *Maná* romano que no llueve en lo desierto sino en el circo, es dádiva teatral similar a la de los *confetti* carnavalescos que describirá el viajero argentino. Cicerón y César, en papeles protagónicos, sostienen opuestos argumentos. Tulio, la gloria civil, la oratoria y la palabra que es mujer⁵¹; Julio, la apoteosis bélica, la fuerza propia del varón. Dos escenarios en lucha: el Foro versus el Circo, agente del tirano.

La vida del orador es el molde en que vacía la guerra civil argentina. Si Pompeyo es para Tulio "el mayor de los héroes que jamás hubo"⁵², Rivadavia es para el argentino. Paralelos son también los títulos denigratorios que César y Rosas reciben. Don Julio tiene consigo a los facinerosos, los condenados y el populacho⁵³; y don Juan Manuel cuenta con la mazorca y el elemento bárbaro de las campañas pastoras: "César era el caudillo del bando de los populares como Rosas, Pompeyo el elegido del bando aristocrático (...)"⁵⁴.

César representa a la campaña romana y a las huestes populares y Cicerón a la república y la ciudad. "Civilización y barbarie" hacen aquí su primer asomo. César reiteradamente identificado con Rosas o Facundo, es el caudillo adverso al ciudadano. El sanjuanino "primer ciudadano" en la Escuela de la Patria del maestro Ignacio Rodríguez, y "ciudadano" en dialogo con "el campesino" durante la tutela de José de Oro, haya nuevo maestro en Cicerón. El romano será su héroe civilizador y padre de la república, especie de Rivadavia pero con todas las ventajas que lo legendario da. Tanto el tema de la mazorca como el de la ruina de la ciudades y el avance del desierto, temas centrales del *Facundo* aparecen en la mención que Samiento hace de la segunda *Filípica*: "cuando un hombre impío ha meditado el parricidio de la patria, cuando por medio de sangrientas instituciones dadas a sus cómplices, su mano criminal arruina ciudades, degüella los ciudadanos, y ha hecho de la república un vasto desierto (...)"⁵⁵. Rosas, parangonando a César, pasea en las procesiones su retrato y lo introduce en los templos; como el romano, también tiene mes propio y perpetuos poderes; es el protagónico actor de un sistema de espectáculo⁵⁶.

El esquema es sencillo: Pompeyo, Cicerón, Rivadavia, Lavalle⁵⁷ y el mismo Sarmiento pertenecen a los óptimos - republicanos, unitarios y constitucionalistas - mientras que sus oponentes, César, Facundo, Rosas y todo el caudillaje conforman los pésimos, populistas, federales y anticonstitucionalistas.

El héroe y actor propuesto para reemplazar al histriónico tirano responde a una exclusiva pasión: la gloria⁵⁸, pero esta no supone como antaño prestigios guerreros, se trata de una nueva y mansa apoteosis: la gloria civil. Su condición es la defensa encarnizada de la *res pública* en contra de la *res personae*, la cosa personal, simbolizada por el caudillo.

Cicerón alcanza con su martirio la cumbre del panteón republicano, obtenida en el norte por otra prefigura samientina, Abraham Lincoln.

La lectura de estas vidas heroicas inspira su visión de la historia como humilde sirviente de la pedagogía. El héroe obedece al educador y la acción gloriosa a la lámina escolar y al monumento público. El maestro, legitimador de hombres, deviene héroe máximo.

Platón menciona dos tipos anímicos fundamentales, aquél que desea llevar el mundo de las ideas a la tierra y el que busca lo inverso. Sarmiento parece pretender ambas cosas. Ninguno de nuestros próceres ha amado lo intemporal y lo tempóreo con igual pasión. Se construye a sí mismo en paralelo con su país y se autoeduca con una meta: la "Idea Sarmiento": conjunta perduración de la patria y su maestro.

Su radical ambigüedad se nutre en este continuo oscilar entre lo estático y lo móvil, lo arcaico y lo moderno. El título de Jano, que se da a sí mismo, ilustra el conflicto. Demiurgo entre el modelo y la obra, participa de ambos.

El héroe y su patria no pertenecen a una determinada faz temporal sino a la completa tríada: pasado, presente y futuro disuelven en éxtasis heroico, la patria suprime su tiempo o, al menos, lo condensa mitológicamente.

Recapitulando, la vida de Cicerón abre a la sacra doméstica de Sarmiento un nuevo orden, el de la historia patria; un mítico modelo que le permite comprender, exorcizar si se prefiere, la contienda civil argentina. La intestina guerra romana con sus próceres y villanos le sirve de argumento. Pompeyo equivale a Rivadavia, Julio Cesar a Rosas y él, se elige Cicerón. Como todo personaje que cae bajo sus garras, el insigne orador es recreado en función de nuevas necesidades. Plutarco, Nepote, Shakespeare y Michelet serán también saqueados a fin de elaborar no sólo un César y un Cicerón a su medida, sino también un Bruto parricida que responda a su propio drama filial⁵⁹.

Sobre el teatro del mundo los personajes luchan por inmortalizar su nombre, este es el discurso de la biografía y será el núcleo de la épica samientina. El ser está en el nombre y éste se sustancia en lo futuro. El de Sarmiento es el drama del nombre, el de la identidad, paterna y patria, que debe darse origen.

Notas

¹ III, 168, R., 1909.

² "(...) empecé á leer libros y sino el primero, el segundo en importancia que cayó en mis manos fue la *Vida de Cicerón (...)*" [XLIX, 27, 28] (1° Ed.)

³ Ver: Romano, Ernesto. *Franklincito*

⁴ Ver: Romano, Ernesto. *Los Catecismos de Ackermann* (www.proyectosarmiento.com.ar)

⁵ "Era yo tendero de profesión en 1827, y no sé si Cicerón, Franklin o Temístocles, según el libro que leía en el momento de las catástrofes (...) altivo por educación, y acaso por mi contacto diario con Cesar, Cicerón y mis personajes favoritos (...)" [III, 174] (2º Ed.)

⁶ Ver: Romano, Ernesto. *La madre* (www.proyectosarmiento.com.ar)

⁷ V.C., t, IV, p. 218.

⁸ [XLIX, 27, 28] (1º Ed.)

⁹ "(...) busco en la Biblioteca de Buenos Aires y no encuentro la magnífica edición española y aunque Duruy trae los mismos bustos, quisiera verlos en las mismas páginas de la obra de Middleton, para buscar antes o después la narración que más impresión me hizo, la idea que más me chocó." [XLIX, 27, 28] (1º Ed.)

¹⁰ "La edición española de los cuatro volúmenes tiene los bustos de todos los protagonistas de aquel sangriento drama, Brutus, Cinna, César, Pompeyo, Marco Antonio, Atticus, Cicerón"¹⁰.

"(...) los personajes más culminantes de la historia humana, hasta con sus propios rostros, tales como se hallan esculpidos en el mármol para verlos obrar, y con la imaginación juvenil, como si los oyera hablar (...)"¹⁰. XLIX, 27, 28 (1º Ed.).

¹¹ V.C. p.

¹² "el más feliz y poderoso de la Tierra" Alvares, Levi, *Manual de la historia de los pueblos antiguos y modernos*, traducido por D. F. Samiento, Santiago de Chile, Belin, 1849.

¹³ V.C., t IV, p. 16.

¹⁴ Nota de Samiento.

¹⁵ Citas de V.C. y A.F.

¹⁶ V.C., p. 93, 94.

¹⁷ "Plutarco cuenta muchos prodigios que sucedieron entonces, los cuales parecía anunciaban la excelencia y esplendor del recién nacido (...) y se tendrían por sueños o delirios, si los sucesos no los hubieran declarado verdaderos pronósticos". V.C., 1.

¹⁸ V.C., .

¹⁹ V.C., t I, 10.

²⁰ V.C., p. ¿60?

²¹ Referencia de Franklin.

²² Plutarco, Vida de Julio César, t. V, p. 270.

²³ "Dieron a Cicerón por director y guía á que Mucio Scévola, el augur, sugeto el más versado de su tiempo en los negocios de estado y del foro (...) Cicerón se unió constantemente a él y recogía con mucho cuidado los dichos de un varón tan respetable, como otras tantas lecciones de prudencia para todas las situaciones de la vida" V.C., I, 16.

²⁴ (XLIX, ¿28?) (1º Ed.)

²⁵ Ver Romano, Ernesto. *Sarmiento y los estados alterados*.

²⁶ Nombre del guía.

²⁷ "(...) y aquella sed insaciable de alabanzas que el mismo confesaba, alimentándola con tal complacencia que llegaba, como él propio dice en varias partes de sus escritos a tocar en vanidad" [V.C., t IV, p. 225, 226]

²⁸ Plutarco, p. 252.

²⁹ V.C., t, IV, 213, 214.

³⁰ Plutarco, p. 256.

³¹ Anecdótico publicado por su esclavo y asistente Tirón (perdido) y el Anecdótico sarmientino (V.C., t, IV, p. 215)

³² V.C., t, IV, p. 207.

³³ Ver Romano, Ernesto, *Franklindito*.

³⁴ III, 168, R., 1909.

³⁵ I, 58, R., 1909.

³⁶ I, 104. R., 1909

³⁷ XVI, 116, 117 (1º Ed.)

³⁸ V.C. t. I, p. 55 y 56.

³⁹ XXXVI, 74 (1º Ed.)

⁴⁰ [V.C., p. 52]

⁴¹ V.C., t II, p. 113 – t. III, p. 144 - t. IV, p.116, 202.

⁴² V.C., t. III, s/n "Noticia de las estampas".

⁴³ Ver Romano, Ernesto. *Frankindito*.

⁴⁴ Ver Romano, Ernesto. *Sciencæ Nouvelle*. Revista *Confines* N° 15, Diciembre de 2004.

⁴⁵ Ver Romano, Ernesto. *Frankindito*.

⁴⁶ Ilustración del niño y la serpiente.

⁴⁷ Comentario sobre los huarpes y el tejido.

⁴⁸ V.C., t. IV, p. 308.

⁴⁹ V.C. t. IV, p. 133.

⁵⁰ V.C., p. 88.

⁵¹ "La palabra es mujer, y debe presentarse en público, para ser bienvenida, revestida de todas las galas de su sexo (...)" [XLVI, 64] (1° Ed.)

⁵² V.C., t. III, p. 43.

⁵³ V.C., t. III, p. 47, 48.

⁵⁴ XL, 9.

⁵⁵ XIII, 189 (¿1° Ed.?)

⁵⁶ Ver Romano, Ernesto. *Patria y espectáculo*. Revista *El Corsito*, N° 32, Octubre de 2005.

⁵⁷ Sarmiento compara la conciliación entre Rosas y Lavalle con la de César y Pompeyo. XL, 10 (1° Ed.)

⁵⁸ "La más viva y fuerte pasión que le agitó constantemente fue el amor de la gloria (...)" V.C. t. IV, p. 225.

⁵⁹ Ver Romano, Ernesto. *Parricidio y nombre*.